Globethics Repository



Conflicto armado y la visión indígena desde la cultura arhuaca [Armed conflict and the indigenous view from arhuaca culture]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Zalabata, Leonor
Publisher	Universidad El Bosque
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-16 19:11:38
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/215322

CONFLICTO ARMADO Y LA VISIÓN INDÍGENA DESDE LA CULTURA ARHUACA

Leonor Zalabata
Comunidad Indígena Arhuaca

Soy Leonor Zalabata y pertenezco al pueblo Arhuaco de la Sierra Nevada de Santa Marta. Deseo ante todo participar en este evento para aprender y enseñar.

Creo que existen varios pueblos indígenas en el mundo. En Colombia somos 82 y tenemos 64 lenguas tradicionales, territorios propios o despojados de éstos; pero conservamos aún nuestra territorialidad. En la Sierra Nevada, donde vivo, tengo mi familia y están mis ancestros. Somos cuatro pueblos, algunos de ellos ya despojados de sus valores culturales. Pero pueblos como el Kogi y el Arhuaco intentamos mantener la identidad y nuestros valores como colectivos.

En esencia somos pueblos que no necesitan tantos cambios, porque tendríamos que cambiar la tierra, el territorio, los cerros, para que también sintiéramos esta necesidad. Somos la representación de la naturaleza; hacemos parte de ella y ella de nosotros. Nosotros la cuidamos y ella nos enseña y forma. De ahí que la fortaleza de los pueblos indígenas la encontramos, esencialmente, en la espiritualidad que nos trasmite ese territorio, que nos trasmite la naturaleza.

En Colombia no se maduran los cambios, los que se dan son diarios, por momentos, por instantes de la vida, como si la vida fuera un instante o un minuto, un segundo, y la importancia de la vida estuviera en ese instante.

En los pueblos indígenas es lo contrario; intentamos permanecer aún basados en lo que era el mundo antes de la luz. Mientras la cultura de ustedes dice que la luz es inteligencia y tiene otros valores, para nosotros fue una agresión contra la humanidad. Para nosotros todo tiene un espíritu y, por tener éste, tiene sus padres y sus madres. Allí está el espíritu de todos los seres vivos, de todas las vidas y de toda la humanidad. Cualquiera que sea la diferencia cultural y social o económica o política, todos venimos de un espíritu y creemos firmemente en eso.

Estamos convencidos de que ese es nuestro camino, de que nuestra relación con la humanidad es muy importante, no para copiar, no para parecernos a los demás, sino para que en conjunto podamos construir un territorio de humanos, en donde realmente practiquemos la paz.

En la Sierra Nevada, por lo general no hablamos de paz, sino que la vivimos todos los días, constantemente. No dejamos de tener algunos conflictos, pero éstos no son superiores a nosotros. Hemos sido pueblos milenarios que no necesitamos tener un grupo de personas que nos cuide o nos proteja con armas o sin armas; a nosotros nos protege la tradición, nuestras costumbres, nuestros territorios, estemos fuera o dentro de éste. Hemos, en cierta medida, sido vulnerables a esa conciencia, donde tenemos nuestros valores, pero creemos y estamos convencidos de que hemos sido y que vamos a seguir siendo milenariamente.

Vemos con preocupación cómo se focaliza la guerra, cómo ocurren los cambios en nuestro país, cómo nos incluyen en muchos casos y cómo en este país se violan los derechos humanos y los derechos establecidos en el país o en el Derecho Internacional Humanitario.

Estos parecen temas que solo interesan a quienes viven la paz, a quienes están buscando la paz, pero para quienes están en contra de la paz no parecen tener ninguna repercusión. Cuando esto pasa, estamos frente a un problema de suma complejidad, bien para la paz o para la guerra. Quién decide incluir o excluir a la sociedad civil, en este caso, a los grupos indígenas del accionar de

la guerra o de paz. Creo que ese es uno de nuestros graves problemas. Los grupos indígenas y la sociedad civil somos gente de paz, pero otros están decidiendo por nosotros.

Nosotros quisiéramos conocer en dónde va a estar el punto de convergencia de las iniciativas políticas, académicas, culturales, económicas, que son muchísimas y de todo el país. Sin embargo, es a ese punto al que finalmente no llegamos. Es decir, cómo debemos fortalecer las iniciativas sociales de este país. Es ahí en donde no sabemos qué pasa con la solidaridad, la fraternidad y la seguridad de un país que nos corresponde, de una tierra que es nuestra. Me pregunto ¿dónde vamos a encontrar esa convergencia?

Nosotros, los indígenas, no necesitamos llegar a ninguna parte; está establecido, desde antes de la creación del mundo, quiénes somos y cómo resolvemos nuestros problemas. No tenemos mucha teoría y tampoco, unas normas como individuo ni otras como colectivo. Tenemos mucha práctica en lo cotidiano, en lo colectivo e individual.

Tengo mis genes, pero no son míos. Mis líneas celulares pertenecen a un pueblo, a un grupo, a un colectivo que es el pueblo Arhuaco. Estoy segura de eso, y de que en muchos casos, para nosotros los indígenas, toda esta normatividad, esta buena voluntad política y estas cosas inventadas desde afuera, nos están acabando por dentro.

Esto será tanto más rápido en la medida en que desde afuera o desde la orilla se nos definan nuestros problemas y no nosotros dentro de la comunidad, respetando toda la normatividad nacional e internacional y las establecidas en el ámbito local o regional. El elemento humano juega el papel más importante para nosotros en la búsqueda de la paz. Creemos en eso y lo practicamos.

Cada vez que protestamos o tenemos un espacio para hablar de estos temas, lo que hacemos es hablar de nuestras prácticas, decirles que se tienen que centrar de nuevo, que debemos encontrarnos nosotros como personas. Es decir,

buscando en el aire la voz que nos indique cuál es la salida para los problemas. De lo contrario se nos está restando la paz y la posibilidad de un desarrollo propio, para que cada individuo y para que la colectividad realmente supere estos conflictos de Colombia.

La sociedad civil representa muy poco en el conflicto armado y, aunque la participación es muy poca, la voluntad de vivir tranquilos, en paz y seguros en nuestros país, es la de la inmensa mayoría.

Quienes tienen que irse del país –creo- se van por razones muy claras de protección de la individualidad. En general no hay protección, y si la hay, se brinda es un claro señalamiento, rodeados de carros blindados, de militares o de gente armada. Como decía ayer, cuando venía del aeropuerto, venía el Procurador General de la Nación, y no lo conocemos muy bien; pero había dos personas armadas, y me pregunté: ¿qué hace ese señor armado con una metralleta aquí, en medio de la gente, donde todos esperamos viajar en avión. Ese señor es un "conflicto armado", él solo es un conflicto armado.

Así es la protección. Mientras de pronto se salva una vida, se pone en riesgo la vida de la colectividad colombiana o la de cualquier otro lugar. Los paeces son 150 mil; los Wuayú y el pueblo Arhuaco de la Sierra Nevada, aproximadamente 60 mil indígenas divididos en cuatro grupos; los Arhuacos, 30 mil, y no necesitamos una persona armada, ni quién esté alerta sobre las infracciones que cometemos. Toda la colectividad, todo el pueblo y hasta los niños son jueces ante la verdad y el actuar de las personas.

Por más mínima que sea una infracción contra el derecho de los demás, se juzga públicamente. La justicia no tiene el carácter de sancionar, de castigar y de meter a la cárcel. Entre ustedes, por ejemplo, se habla mucho de la libertad para la paz, pero meten una persona 20 ó 40 años en una cárcel y piensan que no está privada de libertad.

Por ejemplo, ese tipo de ambigüedad en nosotros no ocurre; nos cuelgan o nos pegan cuatro pencazos y en cuatro horas ya salió; luego viene la reconstrucción del castigado como persona y nadie puede culparlo por un mal accionar, por una infracción, después de juzgado jamás nadie tendrá derecho a señalarlo.

Entonces, la práctica colectiva debe ser educativa, formativa, y hablo de esto no porque leí algún libro ni porque estudié Derecho en la universidad. No, son nuestras costumbres, nuestros valores. Este accionar de las personas no sólo tiene que ver con el accionar netamente humano, sino que está basado en lo que me rodea, en el respeto que tengo por mi cerro, por el agua, por los animales, desde el insecto hasta el cóndor, de los que vuelan más alto, hasta los que ruedan por la tierra nada más.

Una infracción contra cualquiera de los seres vivos repercute en mí y yo repercuto en los demás. Entonces, tenemos una relación estrecha del hombre con la naturaleza, no sólo en teoría, sino que lo vivimos. Como dijo el "mamo" *Arhuaco: "parece que a ustedes no les gusta la vida, y no les gusta porque es que cogen tanto cemento y se lo echan a las carreteras y a las casas. Las hacen de tal manera, que esperan que allí se pueda generar una vida, pero el cemento no deja germinar la vida".*

Esta manera tan superficial de ver la vida no permite que haya mas vidas, como si los únicos que quisiéramos y pudiéramos vivir fuéramos los humanos, resulta que los humanos estamos fortalecidos y hechos del resto de vidas, que se dan en el espacio donde vivimos, es el espacio de la tierra.

Hablar de conflicto armado a nosotros nos queda grande, porque no tenemos práctica, no tenemos una vivencia; se nos incluye; pero nosotros luchamos por excluirnos. Nosotros lo tenemos muy claro, tenemos una posición muy definida, no somos de la guerra ni vamos a la guerra, sí tenemos que morir por pensar así, morimos por eso, pero no vamos a la guerra.

Tenemos que decidir por nosotros mismos y eso nos ha dado una pauta para poder existir, hoy, con mucha dignidad. Somos 88 pueblos indígenas en Colombia. Lo anterior nos permite conservar unas raíces en este país, por ejemplo, me doy perfecta cuenta de que las visitas de los colombianos y los extranjeros a los territorios indígenas antes eran muy fluidas, pero ahora la gente ya casi no va; porque sus propios hermanos no los dejan llegar.

Estamos casi seguros de que la mayoría de los que se atreve a ir y a permanecer allí, viven sus horas de paz en los territorios indígenas. Claro que han habido casos de peligro excepcionales, sin embargo, protestamos contra esos casos cualesquiera que sean, y de donde provengan; condenamos la infracción o la violación del derecho a vivir en paz.

Para nosotros, a veces, el silencio es diálogo. Cuando estamos pensando o dentro de nosotros mismos, reencontrándonos, sabemos que hay una solución para los problemas, que es sincera, honesta, de verdad, que realmente estamos dispuestos. No es una solución que viene tanto de afuera, pero creo que eso es así, porque tenemos una cultura milenaria, porque pertenecemos a un territorio en el que la normatividad, la tradición y las leyes tradicionales no nacen de lo que pensamos en un momento, de lo que vemos en las necesidades cotidianas, no; sino de la normatividad que nos da el territorio y se convierte en pluralidad jurídica tradicional de los pueblos.

El territorio no cambia, cambiamos nosotros y los "mamos" *nos lo dicen. Son las personas quienes cambian, la tierra no cambia; ahí está pase lo que pase. Y puede ser eso lo que pasa, porque no se considera que en la tierra hay otros seres vivos y se destruyen por lo más simple o por lo mas complejo, que es la vida de las personas, por su pensamiento, por su vida misma, por la igualdad que tenemos como personas, por los valores que poseemos como humanos.*

Nosotros no podemos pensar en que tenemos que evolucionar y cambiar en la medida en que el mundo avanza, porque resulta que un avance solo dura hasta mañana, y ya mañana tienen otro avance y ese dura hasta medio día, y las cosas se van acabando de esa manera.

Entonces, ni somos lo que éramos, ni vamos a ser lo que queremos ser. Por eso, porque no existen unas raíces a donde nosotros nos vinculemos, donde realmente hagamos como la cometa, que volamos lejos, pero no perdemos las raíces, es decir, la piola está aquí. Creo que la mayoría de los colombianos, en gran parte, tiene este conflicto; no existe la solidaridad, no se puede reconocer lo que somos.

Si los diálogos de paz de este país realmente estuvieran direccionados por la sociedad civil, creo que estuviéramos avanzando realmente, pero entre más se cierra esta posibilidad y más se le impide a la sociedad civil presentar sus soluciones, menos opciones vamos a tener frente a este problema.

Tengo la oportunidad de estar en diferentes espacios nacionales en representación de los pueblos indígenas y encuentro que hay una limitación a la sociedad civil, que no hay apertura por parte del Gobierno y de las políticas estatales para que cada uno de nosotros seamos responsables de lo que ocurre en este país. Ahí está nuestra gran debilidad y eso se conjuga con la falta de solidaridad, con las negociaciones que se presentan entre los grupos armados y el Estado.

Si las armas se acabaran y se dejaran en un segundo lugar, la paz va puede ser posible, pero lo que no veo factible es la justicia social, porque la sociedad civil o los pueblos indígenas o étnicos de este país, es decir, todos los estamentos sociales de este país no están participando en la toma de decisiones dentro del conflicto armado.

Estamos convencidos de que somos quienes tenemos que tomar las decisiones y habitar los territorios. Entendemos que no podemos contribuir al desorden del país, a la falta de dirección política y a que el Estado o el Gobierno tomen decisiones por nosotros. Tenemos que estar dentro de nuestras decisiones, porque necesitamos garantizar el futuro de las generaciones, de la cultura, de la identidad, nuestros propios valores, con o sin normatividad; son principios, son fundamentos, de los cuales aún gozamos los pueblos indígenas y tratamos de multiplicar en todos nuestras generaciones.

Creo que no podemos, tampoco, pensar en una sociedad civil sin un equilibrio. Nosotros, por lo menos, si no mantenemos un equilibrio, no podríamos existir. Para nosotros es tan importante la luz como la oscuridad, la derecha como la izquierda, lo bueno como lo malo, lo feo como lo bonito, pero debe haber un equilibrio en todo esto.

No es que todo sea malo o que todo sea bueno, no. Hay que mantener un equilibrio, porque en la medida en que éste se pierde, tanto individual como colectivo, hay un conflicto. Por eso creemos que no es malo hablar con los grupos armados, entrar en diálogo con ellos.

Tampoco creemos que el Estado y sus fuerzas armadas sean tan buenas, porque tenemos experiencias en ambos sentidos y no creemos que las agencias internacionales sean la mejor compañía que tengamos, porque en el ámbito internacional es donde está la industria de las armas. Mientras los países desarrollados producen las armas y nos las venden, vienen a darnos instrucciones sobre cómo resolver el conflicto armado.

La negociación de las armas es cada vez peor, bajo una doble moral, y creo que así no es posible que la sociedad colombiana vaya a resolver su problema del conflicto armado. No queremos que nuestros hijos vayan a las filas militares, afortunadamente existe para esto una Ley que han querido reformar, pero que pudimos mantener; así mismo, no queremos que nuestros hijos vayan a las filas de la guerrilla, habrán excepciones de indígenas que están en las filas de los militares, pero no es una decisión política ni mucho menos, una decisión cultural.

Como pueblos indígenas, por cultura, por dignidad, no creemos que con las armas se resuelva el problema y tampoco que los países industrializados fabricantes de las armas nos puedan dar ejemplo, a nosotros, para vivir en paz.

La sociedad colombiana necesita reencontrarse con su tierra, reencontrarnos dentro de nosotros, de nuestros propios valores, de nuestras propias necesidades y condiciones, y mientras no le impongamos este espíritu realmente, en nuestras

casas, en nuestros trabajos, en nuestra colectividad, diariamente, creo que no vamos a superar el conflicto armado, pero la real superación está en lo que se llama justicia social.

Los indígenas no buscamos sino respeto a nuestra dignidad, no que nos asimile la sociedad nacional, o que nos integren o no a la sociedad nacional, o que nos hagan las normas para poder relacionarnos mejor; somos seres que podemos relacionarnos con la hormiga, con el pájaro que canta, lo entendemos porque nos trae sus mensajes, entendemos los truenos.

Cómo se van a desarrollar los conflictos a través de los truenos que nos trae la lluvia o interpretamos la voz de la candela cuando sube, sabemos qué nos indica un libélula cuando nos visita en la casa, y mucho más podemos entender a otros seres humanos igual que a nosotros. En consecuencia, no necesitamos integración o asimilación, necesitamos relacionarnos con dignidad, con respeto, tanto de nosotros hacia los demás, como de ellos para nosotros.

Creo que ahí está la ética y la Bioética y todas esas palabras que a veces me quedan grandes, pero que las intento entender por encima de la normatividad, porque un país como el nuestro no solamente es diverso y pluriétnico. Desde el 91 hacia acá, resulta que no soy igual a ustedes ni ustedes iguales a mí, es decir, todos mantenemos un pensamiento, y si tanto ustedes como nosotros tenemos la capacidad de relacionarnos, es gracias a que existe un reconocimiento nacional, es decir, los indígenas solos no lo hubiéramos alcanzado.

Gracias a los colombianos, a muchos de ellos, a su esfuerzo y a lo que han valorado en nosotros muchos de los colombianos pero no la mayoría de ellos. Por lo tanto, desde el 91, Colombia es un país diverso y pluriétnico en teoría, si vamos a la práctica no es un país pluriétnico.

La gente se preocupa más por irse para Estados Unidos, para Inglaterra, para Francia, para España o para otros países, donde se supone que el desarrollo es mayor, antes que ir al Amazonas, a la Sierra Nevada, o al Chocó, donde sea, porque nosotros estamos dispersos por todo el país.

Ustedes deben aprender a conocer sus valores, que son los valores indígenas, aunque no quieran. Ustedes son colombianos, viven aquí y su aporte será en la medida en que tengan un reencuentro con su tierra, que entiendan el valor de sus raíces. En ese momento van a estar a la par de los países desarrollados, mientras tanto son los otros los que los van a calificar. Para nosotros eso es la ética, eso es la moral, es la necesidad que nosotros sentimos y que vemos en ustedes.

Nosotros los vemos a ustedes así: si vino tal moda aquí en Colombia, todo el mundo se viste igualito o canta lo mismo o baila lo mismo, es como una vulnerabilidad que sube y baja y no les permite una estabilidad.

Una sociedad inestable tiene que estar en conflicto y eso es aprovechado por la fuerza de las armas. Se convierte en un negocio muy importante como el Plan Colombia, y esa vulnerabilidad de ustedes repercute en los que no somos vulnerables también. Por ejemplo, ¿por qué las fumigaciones aéreas? el aire esparce el veneno por donde sea, a que distancia?, todavía no está comprobado.

Existen otros ejemplos, como que la coca es mala, pero ¿quién dijo que es mala? Si usted siembra una mata de coca es muy bella, da flores y frutos rojos y es una planta preciosa. Los indios en América Latina, toda la vida, milenariamente, culturalmente, hemos tenido la planta de coca y no tenemos entre nosotros drogadictos.

Entonces, por qué se pretende acabar con la planta y no con los laboratorios químicos que la procesan ¿será que los helicópteros con dotación infrarroja detectarán el problema, lo mirarán, verán la diferencia?, ¿será que no tienen capacidad para detectar lo químico? Es probable que las cosas químicas, como los laboratorios, no sean detectados; hallan únicamente lo que es natural, lo que es de la tierra, como esa planta.

Hay doble moralidad en la política estatal. Por un lado dice que lucha por la paz para que las inversiones extranjeras lleguen a este país y hacen consultas

con la sociedad civil, pero quién les cree. Falta hilar, unir pensamientos, unir políticas, unir realidades entre los que gobiernan y los gobernados. Mientras esto no se dé, es posible que haya menos armas, pero la justicia social no está en ninguna parte.

¿Por qué? porque se nos impide hablar, dialogar y los indígenas estamos convencidos de que el día que tengamos que sentarnos a hablar, así como nos sentamos con el Estado y con el Gobierno, lo haremos con los grupos armados. La sociedad civil tiene que atreverse a eso y romper esa barrera para poder entendernos.

Nosotros no creemos tener más poder que la naturaleza; ritualizamos nuestras aspiraciones y necesidades. Le entregamos a la naturaleza lo que debemos ser, lo que se debe solucionar a través de un diálogo permanente, a través de nuestras tradiciones con la tierra. Creemos que gracias a eso estamos vivos y gracias a eso muchos pueblos indígenas hemos controlado el hecho de que realmente se nos involucre. Que es una amenaza, claro que sí, pero entre la amenaza y el hecho están ustedes más cerca de un conflicto armado que nosotros los indígenas. Todos somos vigilantes de nuestros derechos, de nuestro actuar.

Quiero agradecer al doctor Escobar y a quienes me invitaron a hablar sobre este tema.